



RASHID 9/11

Jaime Chabaud

Para Ian Daniel, Juan Sebastián y Marisol, mis grandes amores

Esta obra es deudora de mis maestros mexicanos Gerardo Velásquez, Oscar Liera y Jesús González Dávila. También de mis maestros extranjeros de primera mano José Sanchis Sinisterra y Michel Azama; y de los que ignoran su enseñanza como Caryl Churchill, Harold Pinter y Samuel Beckett. Todos ellos están, en mayor o menor medida, en *Rashid 9/11*.

TIEMPO

El orden de las escenas es, en la línea de la lógica temporal, regresiva. La última escena ocurre nueve meses antes que la primera. Así, las escenas suceden de la siguiente manera:

0. Prólogo. Cualquier día entre mayo del 2002 y diciembre del 2004
1. El 11 de septiembre del 2001
2. Una hora antes
3. Un mes antes
4. Un par de semanas antes
5. Tres meses antes
6. Un mes antes
7. Dos semanas antes
8. Dos meses antes
9. Seis semanas antes
10. Enero del 2001
11. Epílogo. Nueve años antes

PERSONAJES:

GENERAL WATSON

PERIODISTA(S)

SMITH

WESON

ROBERT

ESTELA

RASHID

SHARON

PHILIPPE

MICHEL

GUARDIA (opcional)

ALÍ

TÍO ABDUL

TÍA ZULMA

IMÁN (opcional)

MUJER JOVEN

SOBRE LOS OSCUROS:

Aunque sabemos que pueden ser de lo más antidramático y el dramaturgo siempre apela a que los puentes o transiciones entre las escenas sean contruidos por un director imaginativo, en esta obra existen oscuros cruciales entre los segmentos de la misma que deberán ser valorados; otros, en cambio, pueden no ser asumidos por los realizadores. Es obvio que en la estructura interna de la escena 4 se requiere de la oscuridad enunciada mientras la palabra de los personajes transcurre.

0 PRÓLOGO

Cualquier día entre mayo del 2002 y diciembre del 2004

Rueda de prensa. El General Watson, a mitad de una contestación. Uno o más periodistas norteamericanos. Atrás, discretos, Weson y Smith observan.

WATSON. Son daños colaterales, pérdidas calculadas y no hay guerra sin ellas. Siguiendo pregunta.

PERIODISTA(S). Además de la masacre...

WATSON. Daños colaterales...

PERIODISTA(S). Bueno, como consecuencia de los daños colaterales, general Watson, la opinión pública sigue preguntándose cuándo van a encontrar las armas de destrucción masiva.

WATSON. Lo ha dicho muy claramente el presidente Bush. El servicio de inteligencia sabe con toda certeza que Sadam preparaba armamento nuclear además de las armas químicas. Por eso se planeó el ataque.

PERIODISTA(S). Pero ¿cuándo van a demostrar al mundo que las tiene?

WATSON. Es elemental que las tiene.

PERIODISTA(S). ¿Y las pruebas físicas?

Watson, ligeramente nervioso, voltea a ver a Smith y Weson. Smith sonríe y hace un ligero ademán. Algún periodista voltea.

WATSON. No las tenemos.

PERIODISTA(S). Entonces cómo pueden insistir en que las hubo.

WATSON. Por las informaciones del servicio de inteligencia.

PERIODISTA(S). ¿E inteligencia cómo puede estar segura?

WATSON. Porque es una oficina muy seria.

PERIODISTA(S). Todos los intelectuales del mundo dicen que ustedes mienten, que sólo quieren controlar el petróleo, que nuestro presidente y sus discursos son falsos.

WATSON. ¿Quiénes son los intelectuales? Una bola de sanguijuelas miserables que construyen fantasías.

PERIODISTA(S). Antes se les llamaba comunistas. ¿Ahora cómo piensan llamarlos?

WATSON. Usted va a ser condecorado, señor periodista, sin duda, pero por nuestros enemigos. ¿Está en la nómina de Al Qaeda? Otra pregunta.

Smith y Weson reprueban con la cabeza. Watson más nervioso.

PERIODISTA(S). ¿Cuándo nos mostrarán el fuselaje del avión que dicen se estrelló en el Pentágono?

WATSON. ¡Carajo, en manos de Sadam estaban las armas porque nosotros tenemos las facturas de compra! ¿Ok?

Todos ríen excepto Weson y Smith que se aproximan al estrado. El General Watson ríe un poco tardíamente por el contenido de sus palabras. Smith invita a todos a salir del recinto. Weson da un par de cachetaditas amistosas al General Watson.

WATSON. El gran teatro del mundo, ¿eh?

WESON. No, no, no has entendido. Así no. Nada de deslices poco... convincentes, ¿me entiendes?

WATSON. ¿Más...? ¿Más convincente entonces?

SMITH. No te esfuerces, a ti te faltan diez dólares para juntar cinco.

Oscuro.

1

11 de septiembre

Oficina con ventanal que nos da la sensación de estar en un piso muy elevado entre rascacielos. Estela sentada en el sillón ejecutivo, llorando inconsolable, no histérica. Robert hace el aseo. Distintos acentos, ambos latinos. Es temprano por la mañana. De vez en vez se escucha un leve beep que sale de debajo del escritorio. Robert se detiene frente a ella que se encoge en hombros.

ESTELA. Tengo un nieto, soy abuela.

ROBERT. Pues ¿cuántos años tiene?

ESTELA. Y yo no estuve ahí.

ROBERT. ¿Cuántos años tenemos de parces, de amigos? ¿Qué no me tiene confianza?

ESTELA. ¿Por qué lo dices, Roberto?

ROBERT. Robert, hermana, Robert... ¿Por qué tan en secreto?

ESTELA. Ayer me enteré.

ROBERT. ¿Cómo así? Pues no que ya era abuela.

ESTELA. No estuve ahí y nació ayer. Soy abuela, me lo dijo mi hermana. ¡Mi hermana, ¿te das cuenta?! Creí que era otra cosa, cuando me llamaron... Que era otra cosa, que mi hija estaba mala... Otra cosa. *Robert se sienta en el escritorio. Las lágrimas de Estela no cesan. La mira con lástima. Suena un beep.*

ROBERT. Pues ¿qué no sabía, digo, de antes? ¿Qué mierdas es ese ruido?

ESTELA. Y yo aquí sin nada...

ROBERT. Pero tiene sus ahorritos. Manda todos los meses por Western Union.

ESTELA. Para que ni me entere. ¡Qué poca vergüenza! Nueve meses de nada, de tenerme en la nada. Quince años pa' nada.

ROBERT. No, hermana, a usted sí que se le corrió la teja.

ESTELA. ¿La teja?

ROBERT. De la cabeza... No ande insultando a la vida, hermana, que la suerte no es comprada.

ESTELA. No, pus no es cosa de suerte, es cosa de estar lejos. Imagínate: un nieto, ¿te enseñé la foto? De mi hija.

ROBERT. ¿La niña que me enseñó tuvo un niño?

ESTELA. ¿Cómo crees? Es de hace diez años... Ni eso tengo, ni una foto nueva.

ROBERT. ¡Ave María...!

ESTELA. ¿Por qué no te regresas, Roberto? Tú estás joven, es muy jodido estar lejos de lo que uno ama.

ROBERT. Yo qué miércoles voy a andar regresando... Llena de paramilitares mi finquita y al rato de guerrilla de las FARC... Qué chimba... La matazón te deja sin tierra ni patria. Me conformo con que me manden saludes...

ESTELA. No hice más que pensar en ella, en mandar dinero para que nada le faltara... Eso me pasa por no estar... Justo lo que no quería para ella. Roberto, lo fregado es desaparecer para los de uno porque es peor que morir.

ROBERT. ¡Qué vaina! Estelita, si no es más que un nieto, póngase contenta.

ESTELA. Me regreso.

ROBERT. ¿A dónde?

ESTELA. Pa' México.

ROBERT. Usted con tantos años acá no puede tirarlo todo porque le resultó un nieto. Deje la joda...

ESTELA. ¿Qué es eso que suena? ¿Ese *beep*?

ROBERT. Le estoy diciendo, que hay un ruidito...

Estela comienza a buscar de dónde viene el sonido. Robert le da un kleenex.

ROBERT. Mejor meta esa plata suya al negocito que le conversé, es seguro y le suma algo a sus ahorros.

ESTELA. Yo ya me cansé de fregar pisos, Robert. Mira, tú cómete el mundo... Yo, con esto, lo único que quiero es saber dónde me voy a morir. Porque la vida aquí no es lo que me contaron... Yo quiero que mi nieto conozca a su abuela. ¿Por qué carajos lo olvidan a uno como si fuera nadie?

ROBERT. La vaina es que sólo le hablaban cuando se retrasaba su Western Union, ¿si pillas? Es como para emberracarse, hermana.

Estela no dice nada, se seca las lágrimas y se pone a trabajar con rapidez. Suena un beep.

ROBERT. Pues a mí sí me gusta estar aquí y quiero la platica, hermana, los billetes, la *green card*... Debería pensar en engordar el caldo para usted... ¿Qué han hecho por la "abuelita", pues?

ESTELA. Límpiale allá que siempre terminamos así: tu nomás mirando cómo hago la chamba. Al ratito van a llegar los señores y nos van a regañar... Y ni nos avisan de su pinche aparatito nuevo que ya me tiene nerviosa con su escándalo.

ROBERT. ¡¿Y por qué tanto afán?!

ESTELA. Porque ya me quiero ir... Y porque tengo miedo. Sólo tengo en la cabeza la cara de mi hija cuando le dije adiós, cuando le dije que iba a volver pronto.

ROBERT. ¡Ah, qué abuelita tan berraca! ¿Qué les debe? Ni le avisaron...

ESTELA. ¡Con mi familia no te metas...! Mira, viene de abajo del escritorio...

Robert se asoma y ve un aparato con una luz que parpadea. Suena un teléfono y del susto se golpea la cabeza con el escritorio. Ninguno contesta.

ROBERT. Lo dejaron encendido...

ESTELA. Nunca había visto esa chunche ahí.

ROBERT. Ni yo.

ESTELA. Ayer no estaba. Pero mejor ni lo toques, no lo vayas a perjudicar.

El teléfono cesa. Se escucha ahora, contundente, el beep del aparato. Robert lo examina.

ROBERT. ¿Para qué se gasta la plata en ir a México? Pille bien, hermana, va a perderlo todo porque luego no la van a dejar cruzar de vuelta. Por eso le conversé del negocito...

ESTELA. Ese aparato no estaba ahí, y no se ve ni de donde se pueda apagar.

ROBERT. ¿Usted cree que la van a dejar cruzar de regreso esos tetra-catre-quíntuples hijueputas de la Border Patrol? No es lo mismo que hace quince años que llegó, hermana.

ESTELA. Pero es mi nieto, el primero.

ROBERT. No sea ingenua, Estelita, ya no es de allá... Ni le conocen la cara ni usted a ellos...

ESTELA. No me estés chingando, Roberto.

ROBERT. Robert, ya le dije que Robert... Y mande que mande y de regreso ni mierda pal perro.

ESTELA. Síguele y ya ni hablar de lo que te preocupa.

Estela deja los utensilios de limpieza y va a la ventana, mira el paisaje. Se escucha un nuevo y sonoro beep. Comienzan a sonar tres teléfonos simultáneamente.

ROBERT. ¡Todos se volvieron locos! ¿Qué miércoles con los teléfonos?

ESTELA. Yo no les he pedido nada.

ROBERT. Mucha malparidés, hermana. Pille... Ok, no invierta en el negocito si no quiere. Pero le propongo...

Se intensifican los beeps del aparato.

ESTELA. Si ven prendida esa cosa nos van a llamar la atención. ¿Llamamos a seguridad?

ROBERT. ¡Ay, Estelita, hermana, deje esa vaina en paz y óigame! ¿Qué no ve que tengo afán? Deje la joda y présteme esa plata que yo se la regreso...

ESTELA. No, si ya sabía. Desde ayer era mucho "Estelita para acá y Estelita para allá".

ROBERT. Se la duplico, hermana...

ESTELA. ¿Cuándo? Que está bien llegar a México con más dinero.

ROBERT. En una semana... Le juro que se la regreso. Somos camaradas, Estelita, usted lo sabe.

ESTELA. Mira, Roberto, yo te quiero mucho pero nunca te he creído ni la mitad... ¿Una semana?

ROBERT. Una semana.

Estela voltea con lágrimas en los ojos.

ESTELA. Quiero que se llame Miguel, como el arcángel, como mi papá.

Los teléfonos no han dejado de sonar. Por el ventanal se ve un avión comercial que se aproxima a toda velocidad. Crece, se agiganta. Oscuro. Estruendo.

2

Una hora antes

Cuando cesa el estruendo escuchamos los motores de un avión e indicaciones de seguridad de una aeromozita en inglés. En un asiento doble, vemos a Rashid que revisa que su cinturón de seguridad esté bien ajustado y a Sharon que lee una revista.

SHARON. Levanto la mirada y lo veo –piensa ella. Le sonrío.

RASHID. ¿Qué quiere de mí? –piensa él.

SHARON. Bajó la mirada. Es muy interesante –piensa ella. Mucho más interesante que esta revista de chismes. Muchísimo más. ¿Qué es esto? Demasiado tímido. Estos árabes siempre han tenido los ojos más hermosos y enigmáticos del mundo. ¡Qué hermosos ojos, Dios!

RASHID. Me está mirando, protégeme Alá –piensa él, mientras voltea a la ventanilla, le ha tocado el asiento de ventanilla. Me está mirando con sus enormes ojos azules. No debo voltear.

SHARON. Es demasiado hermoso –piensa ella.

RASHID. Desconfía ya de mí –piensa él.

SHARON. Me lo comería vivo aunque sólo fuera para matar de coraje a mi madre. Odia la diferencia. Pero, ¡Dios!, qué diferencia en el tono de la piel. En su barba rasurada no cabría un pelo más. Es muy cerrada. Es una mancha oscura toda la parte en que nace pelo. Es como si se hubiese puesto él mismo una mancha de carbón. Dios, me lo comería, no por mi madre, por mí.

RASHID. No deja de observarme. Siento su respiración y ella debe sentir la mía, agitada.

SHARON. Agitada, así está su respiración. ¿Me estás sintiendo, hermoso árabe de ojos grandes y profundos? –anhela ella.

RASHID. He ido de error en error y hoy no puedo cometer ninguno –piensa él.

SHARON. Si lo pongo tan nervioso –desea ella– es porque le gusto.

RASHID. Quisiera que dejara de mirarme con esos ojos enormes y azules. Fueron los nervios –lamenta él. Por eso no me fijé en que me dieron el asiento equivocado, el que menos convenía. Alá, no permitas que la infiel descubra mis intenciones. Alá, ayúdame a servirte según lo tienes predestinado. Pero ¿qué hace esta mujer? ¿Qué pretende al hacer esto que está haciendo?

SHARON. ¡Cómo eres loca, Sharon! Pero quien no arriesga no gana –se anima ella y desliza suavemente su rodilla sobre la del hombre.

RASHID. ¡Si quito mi pierna –se grita él–, van a crecer sus sospechas! Pero si no la quito puede ser peor. Alá, ayúdame a advertir lo que piensa la infiel.

SHARON. Huele a un sudor tibio, seguramente tan tibio como ya se puso mi sexo, quizá un poco menos...

RASHID. No puedo controlar este sudor que me recorre, Alá. Y tú bien sabes que ningún pensamiento impuro atraviesa cual cuchillo mi mente. Estoy aquí para servir a un propósito.

SHARON. Lo siento temblar. ¿Doy el siguiente paso?

RASHID. Cierra los ojos –dice él sin lograrlo, ni un parpadeo. Cierra los ojos y haz de cuenta que la pagana no está sentada junto a ti.

SHARON. Ahora cierra los ojos. ¿Estará disfrutando de mi rodilla en su rodilla? Eso es lo que quiero pensar. ¡No! Eso es lo que pasa: goza con la posibilidad de que bajemos de este avión, intercambiamos teléfonos, vayamos al cine, nos miremos a los ojos y que el cielo de los míos se funda con la tierra fértil de los suyos. ¡Por Dios, con los ojos cerrados se ve aún más hermoso! No puedo permitirme perdérmelo, lo quiero para mí, dentro de mí, en mí.

RASHID. Guarda tu respiración en pensamientos tranquilos, en la paz de recuerdos hermosos, en el paisaje de tu tierra, la que sólo abandonaste porque Dios te tenía una tarea, aun a riesgo de tu familia, de tu integridad, para gloria de él.

SHARON. Su respiración casi es un rezo. ¿Será demasiado ortodoxo como para no acostarse con una sajona?

RASHID. ¿Qué hago con su mano que está acariciando la mía? –se reprocha él.

SHARON. No quita la mano. Estoy empapada. ¿Le hablo ya? Yo tiemblo un poquito –ella tiembla mucho más que él.

RASHID. Nosotros, en nuestra tierra, ya la hubiésemos lapidado.

SHARON. Se remueve en su asiento. ¿Se inquieta? ¿Me rechaza? No ha quitado la mano pero se mueve. Está a punto de hacer algo –insinúa ella. Él ha volteado, una fracción de segundo, sólo eso pero él ha volteado.

RASHID. No pienses en nada, o sí, en tu misión, o en el paisaje –se dice él. En el paisaje, porque nunca te ha tocado una infiel, nunca... Ni esta que está a tu lado y que pone su rodilla contra tu rodilla y que toca tu mano con su mano. Piensa en tu hijo, en Alí, por quien haces todo esto para que su futuro sea otro.

SHARON. Ahora no puedes perderlo. Tienes cuatro horas después de que aterrice el avión para llevarlo a un hotel y cogértelo –se propone ella. Tengo hasta cinco horas para disfrutarlo.

RASHID. ¿Y si le tiro una mirada fulminante quizá me suelte? –duda él. O le pido cambiar de asiento. ¡Alá, dame entereza! Su mano sube y ha descubierto el bulto. Lo ha rozado cuando menos, ¡ha rozado el bulto!

SHARON. Tiene cosquillas –cree que descubre ella. Me gustan los hombres cosquilludos y... ¡Dioooooos, que ojos los suyos! Es demasiado tímido pero ya lo tienes... Se lo podré contar a mamá por teléfono, hoy en la noche, después de tres buenos polvos, por lo menos dos. Le contaré y será una doble satisfacción: la de tenerlo a él y la de matar a mi madre.

RASHID. ¡Alá, permíteme cumplir como lo deseas! Ahora que pasen las aeromozas con las bebidas irás al frente, y nadie te mirará mal por ir al frente, porque ellas estorbaran el paso para el baño de la parte trasera. No aguanto más a esta infiel que arde o finge que arde para descubrir, para encontrar el bulto y adivinar lo que es.

SHARON. ¡Nunca me he tirado un árabe!

RASHID. Mi vida está en tus manos, Alá.

SHARON. Debe ser el Corán. Ese bulto. Nunca viajan sin su libro del Corán –sonríe ella. Si es demasiado religioso puede no haber doble satisfacción, ni simple. Pero no me equivoco, él me deja tocarlo.

RASHID. Si se acerca demasiado al bulto serán sus manos las que corte –se atreve a pensar él aunque sabe que es otro el objetivo.

SHARON. Tengo mucha sed. Me gustaría que fuera al baño... Siempre has querido hacerlo en un baño de avión. Como en las películas.

RASHID. Alá, el hombre es hombre y esta infiel me acaricia como lo haría la madre de Alí.

SHARON. Voltea al frente, de pronto, sorprendido.

RASHID. Ahí va mi compañero, hacia el frente.

SHARON. Con su mano libre desabrocha el cinturón de seguridad.

RASHID. Llegar al baño de primera clase, reunirme con él y hacerlo –se amartilla él en la cabeza.

SHARON. Se ha levantado pero retiró mi mano con gentileza y sonrió –sonríe ella.

RASHID. Ha llegado la hora, la infiel salvó sus manos del cuchillo, no llegó al bulto –piensa él, aliviado.

SHARON. Qué sonrisa más hermosa –se escurre ella con un suspiro. Me podría enamorar sin problema.

RASHID. Templanza y serenidad. Camina al frente. Mi paz se acerca, que nadie note tu secreto. Ya están por enterarse.

SHARON. Pero ¿qué hace? Va a la primera clase. El baño está atrás. Claro, bloquea el carrito de bebidas pero no lo dejarán pasar a primera clase. Y si lo hacen no me dejarán pasar a mí. Aunque si voy discretamente...

RASHID. Camina.

SHARON. Camina, se me aleja.

RASHID. Sólo camina al frente. No dejes que se vea el bulto. Si te detienen les dices que ahí está el carrito, que bloquea, que te urge. La hora llega, Alá y te pido que la tarea encomendada se cumpla puntual –reza, casi, él.

SHARON. Ahora que regrese al asiento le hablas. Igual y él te habla primero. No debes ser cobarde. ¡Ánimo! Lo tratas con ternura y quizá el amor....

La luz se desvanece sobre Rashid que camina y las palabras de Sharon que resuenan en eco. Estrépito ensordecedor. Oscuro.

3

Un mes antes

En un puesto de control del aeropuerto de Londres. Tras apagarse el estruendo y escucharse los sonidos propios de aeropuerto, Rashid está formado en la fila de control migratorio. Delante de él, Philippe y Michel llenan la ficha que tienen en las manos. Más adelante un Guardia de migración.

PHILIPPE. Es alucinante.

MICHEL. Alucinante, sí.

PHILIPPE. Atención: “Bienvenido al Reino Unido de la Gran Bretaña...”

MICHEL. Hasta ahí vamos bien.

PHILIPPE. “Nombre...”

MICHEL. Bla, bla, bla...

PHILIPPE. “Número de pasaporte...”, “Vuelo...”

MICHEL. Bla, bla, bla... Al grano.

PHILIPPE. “Más de diez mil dólares o su equivalente en libras esterlinas...”

MICHEL. Bla, bla y bla... A la risa, por piedad.

Inicia, tenue, una dulce música árabe.

PHILIPPE. Acá, oye esto: “¿Es usted terrorista?”

MICHEL. ¡¿No?!

PHILIPPE. Hay más, aunque claro, ponen la opción de saltarse lo que sigue si uno contesta que no.

MICHEL. No, no, no, por favor, escribe que sí con tal de continuar.

PHILIPPE. “¿Ha cometido usted actos terroristas dentro o fuera del territorio del Reino Unido?”

Carcajadas. Rashid no sonríe. Escribe en silencio sobre su formulario.

MICHEL. Increíble, alucinante, estos ingleses.

PHILIPPE. El carácter inglés...

MICHEL. Continúa, por favor...

PHILIPPE. “¿Planea realizar próximamente algún ataque terrorista dentro o fuera del territorio del Reino Unido...?”

MICHEL. Para, detente, me duele el estómago.

PHILIPPE. No puedo seguir...

Michel mira a Rashid, muerto de risa y le palmea el hombro.

MICHEL. Lea, amigo mío, lea por favor...

RASHID. No tengo mis anteojos, los dejé en la maleta...

MICHEL. Alucinante, escuche: “Planea realizar próximamente algún ataque...” No, esa ya. Ah, esto es una joya: “Indique dónde lo llevará a cabo...”

PHILIPPE. ¿Dónde...? A los británicos sí se les da el humor. Es muy fino, ¿no cree?

MICHEL. Y esta: “¿Actualmente pertenece a algún grupo terrorista. Indique cuál: Al Qaeda, IRA, FARC, otro...?”

PHILIPPE. “Otro...” Voy a vomitar de la risa.

MICHEL. “Anote sobre la línea punteada...”

PHILIPPE. ¡Pero qué serio, amigo mío! ¿No le parece alucinante?

RASHID. No.

MICHEL. ¿Es usted terrorista?

RASHID. Sí.

Philippe y Michel lo miran unos segundos boquiabiertos. Sueltan carcajadas aún más estruendosas que antes.

PHILIPPE. Dijo que sí.

MICHEL. Eso dijo. Es alucinante.

Rashid pasa delante de ellos a entregar su pasaporte y forma migratoria. Oscuro.

4

Un par de semanas antes

Oscuro. Escuchamos más claramente la suave melodía árabe que irá desapareciendo antes de la primera imagen. Dos voces neutras en sus emociones, de un hombre y de un niño, se suceden en la oscuridad.

VOZ NIÑO. Una palmera pero grande, muy grande.

VOZ HOMBRE. Con dos pequeñas a los lados. Verdes, muy verdes.

VOZ NIÑO. Y una con dátiles en flor.

VOZ HOMBRE. Y otros maduros. Sobre el tronco pálido una mancha marrón de dátiles maduros y dulces.

VOZ NIÑO. El tronco casi se funde con el color de la arena. Hay mucha arena, se forman dunas.

VOZ HOMBRE. Dunas sin fin en el horizonte, detrás de las palmeras.

VOZ NIÑO. De las tres palmeras, una grande y dos pequeñas.

VOZ HOMBRE. Con dátiles maduros y dátiles en flor que junto con las hojas dan tonos verdes, rojos, blancos y cafés claro.

VOZ NIÑO. De lejos se ve borroso.

VOZ HOMBRE. Por el sol que quema a cuarenticinco grados.

VOZ NIÑO. A la sombra.

VOZ HOMBRE. A la distancia se distorsiona lo que las cosas son.

VOZ NIÑO. Hay una tienda.

VOZ HOMBRE. Un campamento con tres camellos al frente.

VOZ NIÑO. Un macho grande.

VOZ HOMBRE. Una hembra.

VOZ NIÑO. Y un cachorro.

VOZ HOMBRE. Frente a la tienda que está justo detrás de las tres palmeras.

VOZ NIÑO. Pero no lo suficientemente lejos como para hundirse en las dunas.

VOZ HOMBRE. La puerta de la tienda está abierta.

Luz sobre una sala con una cuna rudimentaria. Las voces y la música han cesado. Una mujer joven recoge juguetes de madera y muñecos de trapo que coloca en el interior de la cuna. Tararea una típica canción de cuna árabe. Oscuro.

VOZ NIÑO. No está abierta, al menos no del todo, parece que se previenen para una tormenta de arena.

VOZ HOMBRE. Dos hombres acaban de salir por ella. Traen rifles en las manos.

VOZ NIÑO. Son mujeres en realidad. Dos mujeres con bebés.

VOZ HOMBRE. Y los camellos no están vivos frente a la tienda sino pintados en ella. Pintados tan bien que parece que caminaran.

VOZ NIÑO. Pero si se mueve uno, los otros dos están pintados. La hembra y el pequeño están pintados.

VOZ HOMBRE. Las palmeras son de verdad gracias al pequeño pozo que nutre sus raíces. Es el único pozo a diez kilómetros.

VOZ NIÑO. A cien kilómetros. A mil...

VOZ HOMBRE. Las palmeras, el pozo, los camellos...

VOZ NIÑO. Dos pintados sobre la tienda.

VOZ HOMBRE. Las mujeres con bebés...

VOZ NIÑO. Que a la distancia se confunden con hombres armados.

VOZ HOMBRE. Con *kalashnicof*.

VOZ NIÑO. Se están golpeando.

VOZ HOMBRE. Porque se quieren se besan. Parece una despedida.

VOZ NIÑO. El sol tiñe todo de rojo porque ya se acuesta a dormir.

VOZ HOMBRE. Y las dunas hacen sombras gigantescas.

VOZ NIÑO. Y las figuras son más oscuras.

VOZ HOMBRE. Aunque más nítidas, más legibles.

Luz provocada por una llamarada al centro del escenario. Las voces han guardado silencio un segundo antes. Vemos un cadáver o más en partes, destrucción. Algo se arrastra por el suelo. Un niño llora. Oscuro.

VOZ NIÑO. Las mujeres afuera de la tienda de camellos pintados ríen a carcajadas.

VOZ HOMBRE. Parecen muy felices y se levantan los velos compartiendo frutas..., plátanos, creo.

VOZ NIÑO. Son los dátiles, papá, los dátiles maduros de la palmera mediana. No hay plátanos.

VOZ HOMBRE. ¿No eran dos palmeras chicas y una grande?

VOZ NIÑO. ¿Qué no ves? Es una grande, una mediana y una pequeña.

VOZ HOMBRE. ¿Son igual que los camellos?

VOZ NIÑO. Igual pero no, porque son de verdad y la que está en flor tiene debajo un manto blanco de pétalos.

VOZ HOMBRE. Está bien, hijo, son de tres tamaños.

VOZ NIÑO. Y las mamás son bellas...

VOZ HOMBRE. ¿Cómo lo sabes?

VOZ NIÑO. Son bellas porque no tienen rifles sino bebés, papá.

VOZ HOMBRE. Está bien, hijo mío.

Largo silencio. A partir de este momento la luz nos irá develando, muy lentamente, a Rashid y Alí (los dueños de las voces del Hombre y el Niño, respectivamente) que contemplan desde un barandal hacia el público.

ALÍ. ¿Así era?

RASHID. ¿Qué cosa?

ALÍ. ¿El paisaje?

RASHID. Sí, Alí, así era.

ALÍ. ¿Cuando estaba ella?

RASHID. Sí, cuando estaba.

ALÍ. ¿Me puedes abrazar, papá?

RASHID. No, hijo, no puedo.

ALÍ. ¿Me besas entonces?

RASHID. Tampoco.

ALÍ. Antes sí pudiste.

RASHID. Sí, antes sí. Pero ahora nos estamos diciendo adiós.

ALÍ. ¿Hasta más tarde?

RASHID. No, Alí, adiós es más largo.

Alí suspira. Rashid le da la mano en despedida. Alí no toma la mano, sólo mira el horizonte.

ALÍ. Es bonito, ¿verdad?

RASHID. Muy bonito, hijo, pero ya no están las palmeras ni la tienda.

ALÍ. Ni las madres.

Oscuro.

Tres meses antes

En la sala de la casa. Dos hombres encapuchados, posiblemente con botas militares, sacan cargando de una habitación el cuerpo ensangrentado y balbuceante del Tío Abdul. En la puerta principal Rashid desvía la mirada cuando pasan frente a él. Un momento más tarde entra Alí con una mochila escolar al hombro por la misma puerta. Viene sorprendido con la imagen y quiere correr tras los hombres que llevan al Tío Abdul pero Rashid lo detiene del brazo.

ALÍ. ¡Tío Abdul! ¿Por qué se lo llevan?!

RASHID. Alí, no, detente.

ALÍ. ¿Por qué? ¿A dónde van con tío Abdul?

RASHID. Lo van a llevar de paseo.

ALÍ. Pero si no se puede parar.

RASHID. Eso es..., porque no se siente bien: le duele la cabeza.

ALÍ. Pero si tío Abdul se veía horrible.

RASHID. Exageras.

ALÍ. Pero si está golpeado.

RASHID. No, no, Alí, es sólo que se pegó al bajar las escaleras...

ALÍ. Eran golpes por todo el cuerpo.

RASHID. Es que se cayó muchas veces, mi pequeño Alí.

Alí forcejea y se zafa corriendo a la puerta. Rashid lo alcanza y lo retiene en un abrazo poderoso.

ALÍ. ¡Quiero ir con él!

RASHID. Ellos lo cuidarán. Es un paseo muy lindo, con lanchas en el río y nadarán y él se va a poner bien y va a estar muy contento.

ALÍ. Suéltame, padre, que tenía toda la camisa llena de sangre.

La voz o el rostro o algún ademán muestra fragilidad en Rashid mientras algún ademán o el rostro o la voz denota frialdad.

RASHID. ¡Ah, qué tontería, pequeño! Eso es porque estaban pintando de rojo la habitación del tío Abdul.

ALÍ. ¡No me digas pequeño! Entré por ahí y el piso es el que tiene manchas de sangre. No es pintura porque las paredes siguen blancas.

RASHID. ¡Qué imaginación, mi pequeño Alí! Tuvieron que mezclar muchas cubetas de pintura para encontrar el color exacto. Seguro derramaron un poco en el suelo. Mezclaron muchos tonos de rojo.

ALÍ. ¿A dónde lo llevan?

RASHID. Ya te lo dije.

ALÍ. No pude dormir por los gritos y los golpes.

RASHID. ¿Golpes? Era música, los amigos del tío Abdul son músicos, hijo querido.

ALÍ. ¿Y los gritos? ¡Mientes, déjame ir con él!

RASHID. ¿Qué gritos? Tuviste un mal sueño. Pasa siempre que cenas cordero en abundancia..., te dan pesadillas.

ALÍ. Pero los oí. Desperté, fui a hacer pipí y los escuché.

RASHID. Cantaban, pequeño Alí, yo estuve con ellos. Festejaban. Había muchas cosas que celebrar y estábamos contentos.

ALÍ. ¿Por eso cerraron con llave la puerta?

RASHID. Nadie le puso llave.

ALÍ. Suéltame, me haces daño.

RASHID. No puedo.

ALÍ. Yo intenté abrir.

RASHID. Ah, claro, la cerramos un momento porque hicieron la broma de desnudar al tío Abdul. Fue para que tía Zulma no entrara y viera.

ALÍ. A tía Zulma la mandaron a dormir a casa de la abuela.

RASHID. Eso se nos olvidó.

ALÍ. ¿Por qué venían con los rostros cubiertos, padre?

RASHID. Porque les daba pena salir con el tío Abdul.

ALÍ. Eran gritos, padre.

RASHID. Cantaban, hijo.

Entra Tía Zulma con el velo en el rostro. Padre e hijo se le quedan mirando de reojo.

TÍA ZULMA. ¿Qué pasa, Rashid?

Rashid va a decir algo pero Alí se le adelanta.

ALÍ. Nada. Todo está bien. Sólo que los amigos del tío Abdul se lo han llevado a un paseo al río.

RASHID. Alí.

ALÍ. Dijeron que volverían tarde, quizá mañana, tía Zulma.

RASHID. ¡Alí!

ALÍ. Que se iban a divertir montones.

RASHID. ¡Por Alá, hijo!

TÍA ZULMA. ¿Quieres que me lo lleve?

RASHID. Por favor, que este niño me está dejando el corazón en los huesos.

Salen Tía Zulma y Alí que finge una alegría desmesurada.

RASHID. Este niño me está dejando el corazón en los huesos.

Rashid tarda en llenar una cubeta con agua. Toma varios utensilios de limpieza. Entra a la habitación por la que aparecieron los hombres con el tío Abdul. Oscuro.

6

Un mes antes

En tres sillas, sentados, Alí, el Tío Abdul y Rashid. Realizan alguna tarea escénica mientras permanecen sentados o bien dicen sus réplicas desde la inmovilidad o bien en combinatorias.

ALÍ. A su habitación en penumbras entra el Tío Abdul seguido de Rashid, el primero parece molesto. Una vela es la única iluminación parpadeante.

TÍO ABDUL. Entrégame el bulto.

RASHID. ¿Qué bulto?

TÍO ABDUL. El que te dieron.

RASHID. No hay bulto.

ALÍ. El Tío Abdul se golpea repetidamente la cabeza.

TÍO ABDUL. Somos sangre, la misma, me refiero. Rashid, yo vi que te entregaron el bulto y soy tu misma sangre.

RASHID. Casi la misma. ¿Cuándo?

TÍO ABDUL. ¿Cuándo qué?

RASHID. ¿Cuándo dices que me lo entregaron?

TÍO ABDUL. Quiero ver el bulto.

ALÍ. Rashid se sienta tranquilo sobre la cama del Tío Abdul, respira hondo. En la pared frente a él se distingue apenas, su doble, sentado, en un espejo. Ninguno de los dos percibe que la puerta se ha entreabierto.

TÍO ABDUL. Quiero el bulto.

RASHID. Sabes bien que no puedo dártelo, ni mostrarlo.

TÍO ABDUL. ¿Esos hombres?

ALÍ. Pausa.

RASHID. Y no sólo esos hombres.

TÍO ABDUL. ¿Quiénes son?

ALÍ. Silencio.

RASHID. Los que me emplearon.

TÍO ABDUL. ¿Y por eso te vigilan?

RASHID. No me vigilan, me acompañan.

ALÍ. Silencio. Los cuñados se miran intensamente buscándose los ojos en la penumbra. No se dan cuenta de que Alí ha asomado la cabeza por la puerta.

TÍO ABDUL. Son muchos meses de misterio y de callar.

RASHID. Preciso son tres meses y medio.

TÍO ABDUL. ¿Qué es lo que ocultas?

RASHID. No oculto, hermano, protejo. Ese es mi empleo.

TÍO ABDUL. ¿Proteger a quién?

RASHID. A ustedes.

TÍO ABDUL. Pero ¿de qué?

RASHID. Por lo pronto de ustedes mismos. Después será a todos, a nuestro pueblo.

ALÍ. Alí se desliza por el suelo hasta meterse debajo de la cama. Apenas logramos percibir su rostro.

TÍO ABDUL. ¿Qué diría ella?

RASHID. No la menciones.

ALÍ. Desde su escondite, Alí puede ver a su padre en el espejo, lo que hace.

TÍO ABDUL. Pero ¿qué te diría?

RASHID. Justamente eso, el que ya no pueda decirme nada se ha convertido en una de mis razones.

ALÍ. Silencio largo. Alí traga saliva inquieto pero no sabemos si es porque mencionan a una ella que él no sabe identificar, o porque el Tío Abdul se sienta al otro lado de la cama que cruje bajo su peso.

TÍO ABDUL. Lo que sea que te haya dado el Imán, lo que contenga ese bulto, es maligno y tiene que estar lejos de esta familia.

RASHID. ¿Te atreves a dudar del Imán? ¿De la sinceridad de sus propósitos?

TÍO ABDUL. ¿Qué será del pequeño Alí?

ALÍ. Alí ve cómo, desde el otro lado del espejo, su padre se lleva lentamente una mano a la espalda.

TÍO ABDUL. Sólo tiene a su padre.

RASHID. Y a su tío bien amado. Te has convertido en su padre y yo he dejado de serlo. Lo sabemos. Hoy tú eres más padre suyo que yo.

TÍO ABDUL. Pero es tu sangre.

RASHID. Ahí sí, completa.

TÍO ABDUL. ¿Qué te dijo el Imán, en la Mezquita, mientras te daba el bulto?

RASHID. Que soy el señalado.

TÍO ABDUL. No te lo voy a permitir.

ALÍ. Largo silencio. Rashid saca su camisa de la espalda y deja ver el mango de un cuchillo en su cintura.

RASHID. Me dio sus bendiciones.

ALÍ. Alí ahoga un grito.

TÍO ABDUL. Pueden ir muchos otros y no tú, a lo que sea que te hayan destinado. Mi sobrino necesita cuando menos a uno de sus dos padres. Biológicos, me refiero. Necesita recuperarte.

ALÍ. Rashid extrae un cuchillo reluciente y lo sostiene con su mano en la espalda. Alí observa aterrado el filo centelleante del cuchillo en el espejo.

RASHID. ¿Buscaste el bulto?

TÍO ABDUL. Sí, cuando llevaste a Alí a la escuela. Llevo quince días buscando.

ALÍ. El Tío Abdul mira a Rashid, ignorándolo todo. Rashid reafirma el cuchillo en la mano. Alí hace un breve movimiento y toma el pie de su padre. Este se queda helado y comprende quién ha tomado su pie. Busca con la mirada en el espejo y descubre la cara del niño asomando debajo de la cama, también la pequeña mano tocando su pie. Un escalofrío lo recorre como un relámpago. Silencio.

RASHID. Lo imaginé, puse señales diminutas para descubrir cualquier registro. No fuiste cuidadoso.

ALÍ. Rashid devuelve el cuchillo a su espalda y lo cubre con la camisa. Alí suelta el pie de su padre.

TÍO ABDUL. Yo no tengo tu empleo.

ALÍ. Pausa.

RASHID. Mi misión.

ALÍ. Silencio.

TÍO ABDUL. No te lo voy a permitir.

ALÍ. La mezquita cercana anuncia la hora de oración. Tanto Rashid como Tío Abdul tienden sobre el piso sus tapetes respectivos, se hincan sobre ellos y depositan sus frentes en el suelo, orientadas hacia la Meca. Rashid da una mirada rápida debajo de la cama. Sus ojos se cruzan con los del pequeño y asustado Alí. Rashid y Tío Abdul oran. Es la primera ocasión en que Alí no cumple con sus oraciones sagradas.

Oscuro.

7

Dos semanas antes

En una mezquita, escuchamos la recitación del Corán. Alí, Tío Abdul y Rashid de rodillas y con la frente en el piso hacen oración. Se incorporan.

ALÍ. ¿Ahora está contento Alá?

TÍO ABDUL. Sí, sobrino querido.

ALÍ. Papá, ¿me cuentas un cuento?

RASHID. Tu tío es el que cuenta los cuentos, ¿lo recuerdas?

ALÍ. Pero lo prometiste.

A la mezquita entran Weson y Smith disfrazados de árabes. Se quitan sus botas militares. Se aproximan al Imán que se encuentra en una puerta cercana.

RASHID. Ahora vuelvo, Alí, quédate con el tío Abdul y respeta y honra el lugar en el que te encuentras. ¿Me entiendes?

Alí asiente. Rashid mira a los hombres con nerviosismo y sale tras el Imán. Desaparecen por una puerta. Alí hace conato de seguirlo.

TÍO ABDUL. Quédate aquí, Alí, vamos a ver las palabras de la mezquita.

ALÍ. Pero ya las conozco.

TÍO ABDUL. Las has visto, sí, pero no sabes lo que significan.

ALÍ. Me lo vas a decir, siempre lo haces.

TÍO ABDUL. En estas palabras, en estos versículos, está contada la historia de nuestro pueblo.

ALÍ. ¿Y quiénes son?

TÍO ABDUL. Nosotros, Alí, el pueblo querido de Alá.

ALÍ. ¿Tú por qué lo sabes todo, tío Abdul?

TÍO ABDUL. No, no lo sé todo.

ALÍ. Claro que sí. Viste a esos hombres, los que se fueron con papá. Ellos no se lavaron ni las manos ni los pies cuando entraron a la mezquita.

TÍO ABDUL. Alá los castigue.

ALÍ. Y son los mismos que estaban frente a la casa.

TÍO ABDUL. No lo creo.

ALÍ. También en el mercado, cuando compramos la comida.

TÍO ABDUL. Eres muy observador, sobrino. Pero eran otros, te lo puedo asegurar.

ALÍ. ¿Me cuentas otro cuento?

TÍO ABDUL. Te conté uno hace poco.

ALÍ. Pero otro. Ese fue hace un mes.

TÍO ABDUL. Sólo me sabía ese.

ALÍ. Eso no es cierto. Te sabes muchos.

TÍO ABDUL. Pero ahora no me acuerdo. Tendrás que esperar.

ALÍ. ¿A qué?

TÍO ABDUL. A que acabe todo esto.

ALÍ. ¿Por qué estás tan raro, tío?

TÍO ABDUL. No pasa nada.

Rashid regresa con un bulto en las manos y secándose lágrimas de los ojos con un pañuelo.

ALÍ. ¿Qué es “todo esto”?

TÍO ABDUL. No lo sé, sobrino.

ALÍ. ¿Me vas a leer los versículos de las paredes?

TÍO ABDUL. Otro día.

RASHID. Vámonos.

ALÍ. Esos hombres, con los que fuiste, no se lavaron los pies cuando entraron en la mezquita, padre.

RASHID. Sí, hijo, lo sé.

Salen mientras se hace el oscuro.

8

Dos meses antes

En una oficina similar a la de la escena 1, Weson y Smith, vestidos con traje y corbata, pasan diapositivas de distintos rostros de árabes. Weson hace comentarios que lee de unos registros.

WESON. Cuarenticinco años, viudo, sin hijos... O bueno, los tuvo pero... ¿Qué es lo contrario de huérfano?

SMITH. ¿Cómo lo contrario?

WESON. No, perdón, no sería lo contrario. Cómo se le dice a un esposo y padre que se ha quedado sin mujer e hijos...

SMITH. ¿Qué les pasó?

WESON. Lo de rutina.

SMITH. No sé, digamos en términos prácticos que “huérfano”. Sabes, yo también me canso. Estoy agotado.

WESON. Ok, no importa. “Resentimiento profundo...”

SMITH. El que sigue.

WESON. Este, en cambio, más joven, treinticinco años, fue frío y sereno.

SMITH. ¿El de la cicatriz?

WESON. No, el de la cojera.

SMITH. Ah... (*Silencio.*) Muy llamativa, la cojera, ¿no? Por la cara podría servir, causa pena verle.

WESON. Pero con reacciones tardías.

SMITH. Siguiente.

WESON. Veintiséis años, complexión atlética, un metro setenta... Frío y calculador. Soltero. Anotamos: “explosivo”.

SMITH. Entonces no es ni frío ni calculador.

WESON. Pero tiene experiencia y es arrojado.

SMITH. Pero estamos buscando algo que..., alguien qué... No sé, otro tipo de “personaje”, por llamarlo de algún modo.

WESON. Eres demasiado exigente.

SMITH. Por eso somos quienes somos. Otro.

Llegamos al rostro de un Rashid sonriente. Smith se levanta y va hasta la pantalla. De su saco asoma lo que parece un revólver en su sobaquera.

WESON. Mujer muerta, por la ocasión anterior. Un hijo que adora a su padre. Muy atento a su religión. Sin vicios.

SMITH. ¿Este es el que...? ¿En la entrevista dijo que parecían un número once...?

WESON. El mismo. El del parto o del embarazo o algo así...

SMITH. Me gusta.

WESON. Pero...

SMITH. Es insignificante.

WESON. Por eso mismo...

SMITH. Es anónimo. Tiene cara de nada.

WESON. Aunque de árabe.

SMITH. Bueno, el colmo sería que no la tuviera.

WESON. Creí entender...

SMITH. No seas tan exigente.

WESON. ¿Estás seguro?

SMITH. Sí, hombre. Es perfecto.

WESON. Entonces ya tenemos al primero.

SMITH. ¿Cómo se llama?

WESON. Rashid... Algo. No anoté el apellido. O no sé dónde.

SMITH. Hay que hacer contacto.

La luz se desvanece lentamente.

9

Seis semanas antes

En la sala de la casa que hemos visto en la escena 5. Tío Abdul, Tía Zulma y Alí tomando el té. Tía Zulma pela chicharos que caen continua y sonoramente en un recipiente de metal. Alí trae un golpe en la cara que Tío Abdul le cura despacio mientras fuma de un narguile.

TÍA ZULMA. Y entonces el profeta, al principio de los tiempos en la Eterna Balanza, pidió no codiciar la seda de la piel de albaricoque de la princesa. En cambio sí permitió halagarse con sus ojos. Pero el pobre Nur le pedía con humildad, al ver sus labios puros, “aleja las flechas de tus ojos.” A lo que ella decía, “¿Es por ellas que vertéis toda esa sangre de tus competidores por mi amor? ¿Vas a cortarle la

cabeza a ese que tienes a tus pies?” A lo que contestó él, susurrado por el viento, “Sí, ama mía, él es un infiel. Y tú eres mi manantial y mi martirio.”

ALÍ. ¿Tía Zulma?

TÍA ZULMA. ¿Sí, Alí?

ALÍ. ¿Mi madre tenía piel de albaricoque y flechas en la mirada?

TÍA ZULMA. Sí, Alí, les tenía. Pero sabes que a tu padre no le gusta que preguntes por ella. Lo pone furioso. No te conviene. Mejor di quién te ha pegado, Alí.

TÍO ABDUL. ¿No quieres saber qué pasó con Nur?

ALÍ. ¿Y la princesa?

TÍA ZULMA. También la princesa, claro... “Nur sacó su cortante cimitarra y cortó la cabeza del infiel que pretendía morder la piel de fruta de la princesa. Pero entonces los enemigos del Profeta, atacaron la ciudad amurallada durante treintinueve noches y cuarenta días. Hasta que Nur ofreció su vida en sacrificio para librar a la ciudad de los terrores de los infieles.”

ALÍ. ¿Y fue muerto?

TÍA ZULMA. Y lo fue, pequeño Alí. “Se inmoló como las palomillas en la lámpara de aceite. Pero la osadía de los enemigos no se sació con esa sangre y al término del cuarto creciente de la luna planearon el ataque final tras el cual la ciudad habría de sucumbir. Entonces la princesa fue a una palmera y suplicó al Supremo Alfarero salvara la ciudad. Y los dátiles le hablaron...”

ALÍ. Los dátiles no hablan, tía Zulma.

TÍO ABDUL. Claro que sí, escucha el cuento.

TÍA ZULMA. No sé porqué lo solapas. No nos ha dicho aún quién lo ha golpeado... ¿Qué le diremos a su padre cuando regrese?

TÍO ABDUL. “¡Somos los preferidos del pueblo libre, que levanta sus tiendas espaciosas y no conoce el miedo en sus ciudadanos...!”

Silencio. Tía Zulma detiene fatigada su labor y mira con enojo condescendiente a Tío Abdul. Sin ser escuchado entra un fatigado Rashid con una maleta de viaje. Sonríe al ver el cuadro familiar.

TÍA ZULMA. “¡El pueblo de veloces yeguas, de camellas flacas, de vírgenes arrebatadoras, de generosa hospitalidad y de sólidas cimitarras! ¡Y quien ha disfrutado del reposo a la sombra de nuestras palmeras, anhela oírnos murmurar sobre su tumba! ¡Pero no te preocupes, bella princesa, porque la muerte caerá del cielo en inmensas bolas de fuego sobre los infieles y tú vivirás en paz...”

ALÍ. ¿Tía Zulma?

TÍA ZULMA. ¿Sí, Alí?

ALÍ. ¿Las bolas de fuego son bombas inteligentes, como las que mataron a mamá?

TÍO ABDUL. ¿Dónde oíste eso?!

ALÍ. ¿Que una bomba mató a mamá?

TÍA ZULMA. Te dije que no la vuelvas a mencionar.

TÍO ABDUL. No, Alí, la pregunta es: ¿quién te dijo que una bomba puede ser inteligente?!

ALÍ. En la escuela, la maestra... Yo dije que no eran inteligentes.

TÍO ABDUL. Hablan de productos letales como si hablaran de tomates o lechugas.

TÍA ZULMA. Y por eso te pegaron... Tus compañeritos...

TÍO ABDUL. ¿Cuál será la cosecha de tantas toneladas de explosivos? ¿Cuántos huérfanos por tonelada, cuantos padres sin hijos, cuántas madres...?

TÍA ZULMA. Voy a hablar con tu maestra.

ALÍ. No, por favor, tía Zulma. Ella no lo dijo con maldad. Lo leyó de un periódico.

TÍO ABDUL. Sí, sobrino querido, yo también lo leí. “Mil quinientas toneladas de bombas inteligentes para Tel Aviv”.

ALÍ. ¿Verdad que no son inteligentes?

TÍA ZULMA. Por eso te riñeron... Les dijiste de tu madre...

ALÍ. ¿Ustedes siempre van a estar aquí, conmigo?

TÍO ABDUL. Tal vez las bombas sí sean inteligentes, Alí, porque habrán de cumplir su misión. Pero quienes las hacen y quienes las venden, quienes las compran y quienes las usan, son unos imbéciles.

TÍA ZULMA. Siempre, pequeño Alí, aquí estaremos. Nunca te vamos a dejar.

TÍO ABDUL. Ya hablaré yo con tu maestra.

ALÍ. Pero no le harás daño.

RASHID. Nadie le hará daño a nadie.

Alí corre a abrazar a su padre. Tío Abdul le ayuda a meter la maleta a una habitación, mientras Tía Zulma le da una taza de té.

ALÍ. ¡Papá, tía Zulma me contaba un cuento!

RASHID. Sí, mi amado Alí, lo escuché.

TÍA ZULMA. Te extrañó mucho.

RASHID. Y yo a él.

TÍO ABDUL. Familia... Recuerda esa palabra, Alí... Para eso es la familia y tú habrás de cerrarme los ojos...

ALÍ. ¿Subiste en avión, papá?

RASHID. Sí, pequeño Alí, subí en él y se siente mejor aun de lo que te conté.

ALÍ. ¿Y viste las nubes, papá?

Regresa Tío Abdul con un aguamanil. Rashid se descalza y lava sus pies. Parece a punto de llorar.

RASHID. Sí, Alí, estaban donde habíamos dicho.

ALÍ. ¿Te hicieron la entrevista?

RASHID. Sí, hijo... La hicieron...

ALÍ. ¿Te dieron el trabajo, papá?

TÍA ZULMA. Deja que tu padre repose, Alí.

RASHID. No, no, está bien... Está muy bien... Quiero tener a mi hijo cerca... Ven, deja que mis brazos se cierren sobre ti.

Alí se sienta junto a Rashid que lo abraza y comienza un largo y profundo sollozo. Besa a su hijo, repetida, interminablemente.

ALÍ. ¿Por qué me besas, papá?

RASHID. Porque me has hecho falta.

ALÍ. Pero son muchos besos...

RASHID. ¿Te molesta?

ALÍ. Nunca lo haces.

Tía Zulma y Tío Abdul salen con las miradas bajas, quizá alguno arrastrando los pies.

RASHID. Sí te he besado.

ALÍ. Alguna vez.

RASHID. Sí lo hago.

ALÍ. No me acuerdo.

RASHID. Pues desde ahora se hará costumbre.

ALÍ. ¿Puedes dejar de hacerlo?

RASHID. ¿Te incomoda?

ALÍ. Tus babas. No me gustan. Jamás me besas.

RASHID. Hoy decidí que quiero besarte.

Largo silencio. Se miran a los ojos. Rashid enjuga sus lágrimas. Alí adelanta la mejilla para que su padre lo bese. Este lo hace repetidamente hasta que Alí se vuelve a separar.

ALÍ. No te dieron el trabajo, ¿verdad?

RASHID. No lo sé, Alí...

Paulatino oscuro. El estruendo final de la escena 1 se vuelve a escuchar, intenso.

10

Enero del 2001

En un espacio muy similar o el mismo que el de la escena 1, Smith y Weson preparan una pantalla (quizá la ventana de la escena de referencia sirve para ello) y un proyector de diapositivas. Visten trajes, corbata, posiblemente el segundo gafas oscuras. Smith se sienta frente al escritorio en la alta silla de ejecutivo mientras Weson toma asiento en un sillón más cómodo.

WESON. ¿Estás listo?

SMITH. Ahí vamos. *(Aprieta el botón en un interfón.)* ¿Sharon, cariño, me haces favor de pasar al señor...?

WESON. Rashid.

SMITH. Al señor Rashid.

VOZ SHARON. Con todo gusto, señor Smith.

WESON. ¿Tú policía bueno, yo policía malo?

SMITH. Al revés, hoy me siento con energía.

WESON. No hay problema.

Entra un tímido Rashid con la maleta a cuestas. Con un gesto, Smith le pide que se siente. Él lo hace. Un largo silencio. Se miran respectivamente. Weson tomará notas durante toda la entrevista.

SMITH. Bien, bien, bien... Pero muy bien, señor... Rashid... En fin, como se pronuncie. Estamos ante una gran oportunidad, ¿no lo cree?

RASHID. ¿De verdad lo piensa?

SMITH. Sin duda. Porque usted sabe la naturaleza exacta del empleo que le estamos ofreciendo. Quiero decir que no es cualquier empleo y si está aquí sentado, frente a mí, es porque tiene conciencia exacta de de qué se trata.

RASHID. Sí, sí, aunque no.

SMITH. ¿Es usted subnormal?

RASHID. ¿Cómo?

SMITH. Sí, ¿que si es usted de lento aprendizaje?

RASHID. Quizá soy más rápido que ustedes dos.

WESON. (*Escribe en su libreta.*) “Más rápido...”

SMITH. Eso me gusta, es jocoso. De cualquier manera tendremos que entrenarlo y, casi podríamos decirlo: llevarlo de la mano.

RASHID. Temen que no pueda hacerlo.

SMITH. Francamente, sí. En este empleo se necesitan todas las destrezas físicas y mentales. Qué sé yo, ¿sabe apagar un pozo petrolero en llamas?

RASHID. Eh..., sí.

SMITH. ¿Seducir a una mujer para que le diga lo que usted quiere oír?

RASHID. Sí.

SMITH. ¿No importa que no sea musulmana?

RASHID. ¿No podría serlo? Preferentemente.

WESON. “...Serlo, preferentemente...”

SMITH. Lo dudo. Pero bueno, Rashid... Porque ¿puedo llamarlo así, cierto? No comencemos por nimiedades. Por supuesto que conduce cualquier tipo de vehículo, al menos esos fueron los informes que nos dieron.

RASHID. Hombre, claro, al menos los terrestres aunque si lo pienso... Es posible que no todos... ¿Cuáles tendría en mente?

SMITH. Trenes mineros, por ejemplo. O los de feria... O un tracto camión, por poner otro ejemplo.

RASHID. Bueno, eso casi seguro. Estoy más acostumbrado a los animales.

SMITH. No se preocupe. En todo caso tenemos tiempo para eso... Para entrenarlo. Lo cual no significa que la empresa no sea muy rigurosa y exigente, ¿eh? No vaya a pensarlo. Es solamente que vemos en ti, amigo Rashid, un potencial tremendo.

RASHID. Loado sea el Profeta. No lo sabía.

SMITH. En todo caso, lo importante es que nosotros lo creamos así. ¿Tienes convicciones fuertes...? Quiero decir: entre una espada y un cuchillo ¿qué preferirías usar?

RASHID. Ninguno.

SMITH. ¿Nunca?

RASHID. Nunca.

SMITH. ¡Moderno el muchacho! Y rebelde... Poco colaborador... ¿Por qué mierdas viniste aquí hoy?

WESON. “Loado sea el profeta...”

RASHID. No busco que piensen... Me interesa el trabajo. Lo necesito... Tengo que hacerlo... Vine porque me dijeron los que me recomendaron.

Smith palmea la espalda de Rashid. Este se mueve incómodo y sumiso en su silla.

SMITH. No nos exaltemos, viejo Rashid. Todo va a pedir de boca. Sabemos lo de tu mujer pero lamentablemente pertenece a las pérdidas calculadas. ¿Estás dispuesto a ser fiel a la empresa, en caso de ser seleccionado?

Largo silencio.

RASHID. Sí, pero tendrá que haber mucho dinero también.

SMITH. Eso sin dudarlo.

RASHID. Aunque no vine por eso.

SMITH. Claro, claro... El futuro de tu pequeño hijo asegurado para dos generaciones más. ¿Te gusta el rock and roll, Rashid amigo?

RASHID. No lo conozco.

SMITH. Algún defecto habías de tener, claro. ¿Me haces favor de desnudarte?

RASHID. ¿¿Qué?! Yo no... No debo... Es pecado... Mi religión...

Rashid se va quitando la ropa de la cintura para arriba. Weson lo mira con curiosidad.

WESON. (Sin leer de sus apuntes.) "...Pero tendrá que haber mucho dinero..."

SMITH. Tranquilo, que este es un empleo multinacional y no podemos permitirnos cuestiones de moralidad sino de inteligencia. ¿Lo ves? Aquí todo es inteligente, elevadores inteligentes, puertas de seguridad inteligentes, ventanas inteligentes... ¿Eres inteligente, Rashid?

RASHID. Así lo creo.

SMITH. También lo de abajo, por favor. ¿Qué es lo que más te gusta de una mujer? De su cuerpo, quiero decir.

Rashid queda en calzoncillos y con calcetines. Tiembla de frío. Smith aprieta un control.

RASHID. El cuerpo de la mujer es una cosa de la que no se habla, señor.

SMITH. También tenemos clima inteligente, pequeño Rashid. ¿Su vagina..., te gusta lamerla o te da asco? Por favor, sin ropa interior.

RASHID. Es sagrado para mí.

SMITH. Hombre, por supuesto. Para mí también, si no me como dos a la semana me pongo mal. No, no, los calcetines puedes conservarlos.

Smith se coloca unos guantes de latex con parsimonia o cinismo o sin ninguna actitud.

WESON. (Lee.) "No debo... Es pecado... Mi religión..."

SMITH. ¿Puedes hacernos el favor de subir al escritorio?

RASHID. No debo... No... ¿Para qué...?

SMITH. Por favor, colócate de cúbito dorsal. Es una cosa de rutina, no tienes por qué avergonzarte.

RASHID. ¿Cómo supieron que tengo un hijo pequeño?

WASON. (Escribe.) "...un hijo pequeño..."

SMITH. De cúbito dorsal, si no es mucha molestia.

Rashid sube al escritorio quedando en cuatro patas y su rostro hacia el público. Smith le inspecciona el culo. Hace un gesto a Wason que deja sin prisa su cuaderno de notas y va hasta el otro extremo de la oficina. Se asoma interesado en el culo de Rashid.

RASHID. Cuando era pequeño, jugaba entre las patas de las gacelas y los camellos y trataba de correr detrás de ellos y ganarles. A los camellos lo lograba, sí, pero a las gacelas era como querer atrapar el viento en medio de una tormenta de arena...

Smith le tapa la boca a Rashid que tiembla nerviosamente, desvalido.

SMITH. ¿Qué piensas, Weson?

WESON. No sé, Smith. Interesante.

SMITH. ¿Verdad? Nunca había visto algo semejante. Bueno, mi excepcional Rashid, puedes vestirte. Mientras lo haces te proyectaremos unas imágenes y quisiéramos que nos digas lo que te venga a la mente.

Smith toma el control remoto y apaga la luz. El proyector se enciende y vemos una diapositiva de niños jugando. Rashid se comienza a vestir, humillado y abatido.

RASHID. Inocencia.

SMITH. Muy bien, Rashid. ¿Y esta otra?

Un hipopótamo.

RASHID. Comida.

SMITH. ¿Y esta otra?

Un jeep.

RASHID. Persecución.

SMITH. ¿Y esta?

La bomba atómica de 1945 antes de ser detonada.

RASHID. El vientre de una mujer encinta.
SMITH. Eso si es ingenioso, viejo Rashid.
La bandera de los Estados Unidos de América.
RASHID. El enemigo.
SMITH. Excelente.
La isla de Manhattan en foto de satélite.
RASHID. Una manzana.
SMITH. ¿Y la siguiente?
Una ampliación de la misma imagen.
RASHID. Hormigueo.
SMITH. Curioso.
Las torres gemelas del World Trade Center.
RASHID. Es un número once.
SMITH. ¿Un número once? Jamás lo hubiera pensado.
RASHID. Si, mírelo usted mismo. Es un uno junto a otro uno: once.
Rashid ha terminado de vestirse. Smith enciende la luz.
SMITH. Muy bien, señor Rashid... Como se pronuncie. Eso es todo..., por el momento.
RASHID. ¿Eso es todo? Pero yo pensé...
SMITH. Tómelo con calma. Sabemos que tiene un hijo, conocemos todas sus coordenadas y nosotros lo llamaremos.
Rashid sale con su maleta a cuestas y la camisa por fuera del pantalón. Weson se sirve un trago de un pequeño bar. Lee de sus notas.
WESON. “Inocencia. Comida. Persecución. El vientre de una mujer encinta...”
SMITH. Eso sí es raro. Un embarazo, nueve meses...
WESON. “El enemigo. Una manzana. Hormigueo... Número once...”
SMITH. Una mente simple, ¿no te parece? Claro, una torre junto a la otra hace once. *(Aprieta el botón del interfón.)* Por favor, el siguiente Sharon.
Oscuro paulatino mientras vemos otra vez la imagen de las torres gemelas y oímos la música árabe de escenas atrás.

11 EPÍLOGO

Nueve años antes

Sobre la dulce música árabe vemos la imagen de destrucción de la escena 3 pero ahora con una mujer tirada e inmóvil que sostiene un bulto en las manos.

VOZ NIÑO. Una palmera pero grande, muy grande.

VOZ HOMBRE. Con dos pequeñas a los lados. Verdes, muy verdes.

VOZ NIÑO. Y una con dátiles en flor.

VOZ HOMBRE. Y otros maduros. Sobre el tronco pálido una mancha marrón de dátiles maduros y dulces.

VOZ NIÑO. El tronco casi se funde con el color de la arena. Hay mucha arena, se forman dunas.

VOZ HOMBRE. Dunas sin fin en el horizonte, detrás de las palmeras.

VOZ NIÑO. De las tres palmeras, una grande y dos pequeñas.

VOZ HOMBRE. Con dátiles maduros y dátiles en flor que junto con las hojas dan tonos verdes, rojos, blancos y cafés claro.

Se oye el llanto de un bebé. Algo en las manos de la mujer muerta se mueve, intenta abrirse paso.

VOZ NIÑO. Dátiles, los hijos sanos de las palmeras, los beduinos de carne morena... Los beduinos de carne morena. Y quien ha disfrutado del reposo a la sombra de nuestras palmeras, anhela oírnos murmurar sobre su tumba.

Oscuro Final.

